

montándose aún más, al alma del Universo que hablaba por su intermedio. Mas la distancia que nos separa de esa edad de oro de la poesía y de los poetas, es casi insalvable. La poesía ha de volver a ser lo que fué, por dos razones profundas: primera, la ciencia encierra arte y poesía; segunda, la vida de Goethe prueba que la ciencia y la poesía pueden coexistir en un hombre. (1) La humanidad, más de acuerdo con su íntima naturaleza, será entonces más feliz. La sabiduría de la época llamada docta por los clásicos, volverá a florecer, y la poesía, vuelta a enaltecer su carácter sagrado, místico y social, brillará como una de las formas de la alta cultura. Los versos de Guyau, no serán los últimos de un filósofo:

«Vivre c'est avancer...

La pensée est en nous large comme l'amour,
désire en autrui se verser sans relache;
ainsi que la vertu, l'art se sent généreux.

.....
Les hauts plaisirs sont ceux qui font plereur» (2)

Y así, como en último análisis la religión es una preocupación sobre el origen y fin de la vida, el arte es la preocupación de la belleza y de la plena emoción de un más allá más completo que la vida actual.

Para hacernos vibrar con el todo bello que constituye el Universo luminoso, dispone el arte de colores, líneas, sonidos y, ante todo, de la palabra, instrumento de la poesía.

Para acabar de convencerme de que este concepto sublime de la poesía no es fruto del entusiasmo ni del ensueño, he buscado la respuesta de los artistas, y ya sean ellos positivistas, teósofos, idealistas o naturalistas, todos evidencian la misma verdad, vestida de túnica distinta:

«Conducir a la humanidad a una noción de más en más clara y segura de ella misma; explicarle, en tanto que le sea posible, el misterio del mundo, y en todo caso darle ante ese misterio la noble inquietud de los pensadores; pintar con sus cuadros eternos los aspectos modernos de la Naturaleza, y con su fondo permanente la faz moderna y variable de la vida, tal es, según mi opinión, el dominio y el deber del poeta». (3)

Un crítico nada sospechoso de ideas religiosas, inclinado al positivismo, es quien habla el divino lenguaje que acabamos de oír.

Excelsior con el ideal, en el arte, como en la vida, es el mejor medio de cumplir con la verdad.

(1) Véase HERBERT SPENCER: *La Educación*; págs. 63, 64, 65, 67, 72, 73 y 80. Lo dicho respecto de Goethe es aplicable a Guyau, Taine y otros hombres de ciencia contemporáneos.

El sociólogo italiano Guillermo Ferrero se ha revelado un gran poeta social últimamente.

(2) Estrofa del poema *Le mal du goût*.

(3) PETIT DE JULLEVILLE: *Histoire de la langue et la littérature française Les goûts*, pág. 80, par HENRY CHANTAVOINE.

No pensemos, como el sublime Leconte de Lisle, que ha callado el *himno melodioso de la santa belleza* (1), y que hayamos perdido para siempre en la edad negra, el camino feliz de Paros.

Con Shelley, espíritu hermano de Leconte, digamos a todo poeta, sabio y amante de su arte:

«Vestido de deslumbrante inmortalidad,
has llegado a ser uno de nosotros», le dicen;
«para ti es para quien aquella esfera lejana sin rey, a lo largo
oscila ciegamente; en insuperable majestad
silenciosa, solitaria, en un cielo de sueño
ocupa tu alado trono, oh estrella de nuestra multitud».

Grande es la gloria del poeta y corta su ventura; pocos de ellos ríen, muchos lloran el bien perdido de la ideal belleza, y la poetisa, como Leconte, exclama, olvidando quizá la triunfal llamada del príncipe de los elegíacos:

«El ferrocarril que aplasta el corazón de las selvas; el faro que agujerea la roca donde usaba sonar la voz de las sirenas; el cristal milagroso, descubridor de las manchas que empañan la faz de la bella viajera nocturna, todo eso me hace exclamar con la simpática Melusina daudetiana: «Oh tantas civilizaciones, ¿qué habéis hecho de tantas poesías?»

Esperanza, no desesperación desea la sociedad del porvenir en la poesía y en la literatura, y aquí vuelve el armonioso Shelley, que en *Adonais* reveló poéticamente la religión de la verdad, a dejar sentir su canto sublime e inspirado:

«Como un poeta oculto
en la luz del pensamiento
cantando himnos espontáneos,
hasta que el mundo es forjado
en armonía con esperanzas y temores de lo que antes no se
[cuidaba».

Y leyendo este verso profundo, dejo a la más ilustre poetisa de América. Sus versos me han proporcionado quizá los más elevados placeres mentales: la reflexión o meditación, y la admiración por añadidura.

ALBERTO NIN FRÍAS

Buenos Aires, 15 de marzo de 1924.

Noticia: Juicio que mereció a María Eugenia Vaz-Ferreira este ensayo: «Su juicio es hermosísimo como todo lo que Ud. escribe, es bello, interesante y erudito. He encontrado mucho de valiosamente leído y verídico».

(1) Estrofa de *Hyppatia*, de Leconte de Lisle.

Estrellas

Extraviado en la montaña encontré al fin, cuando anochece, un sendero abierto en la falda; y a pocos pasos, una cabaña. Había fuego en el hogar, pan en la mesa y amor y paz en los corazones. De fuera venía rumoroso y perfumado el viento. Una fuente decía su canción breve. Una niña de cinco años recitó una oración sencilla. Pronto el silencio reinó por entero bajo aquel techo de cañas y de hojas...

Las paredes agrietadas permitían ver la claridad de un cielo azul que pronto se fué cubriendo de estrellas multicolores, lejanas, vacilantes... El cansancio había abatido mis párpados, y soñé entonces que toda mi vida no era sino una solitaria choza perdida en un rincón de la montaña, junto a la canción de un manantial amigo, y que desde el fondo de la humilde vivienda era dable extasiarse en la contemplación del cielo azul y del temblor fosforescente de las estrellas— multicolores, vacilantes, lejanas—gra-

cias a misteriosas grietas abiertas en las frágiles paredes y en el pajizo techo... Y desde entonces ni antes, nunca la fantasía hilandera tejió en mi pensamiento una ilusión más amable.

RUBÉN COTO

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbese! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.